

SOBRE ROMEO Y JULIETA

Lejos aún del trágico final, se ha escapado de su historia y de su tiempo, y de su Verona de casas de piedra, de puentes y catedrales. La ciudad ya siente su ausencia en las calles antes, mucho antes que las dos familias de destinos, en frentados.

Shakespeare es ajeno a su aventura... o quizás haya comprendido la monotonía de transitar siempre las mismas letras, siempre los mismos caminos blancos y, compadeciéndose de su vida estrecha, de personaje, lo haya desatado unas horas, unas líneas... ¿cómo se mide el tiempo en los libros?

El frío y la noche ya son parte de su cuerpo. Buenos Aires le parece extraña, oscura y gigantesca como una casa desconocida. Ni el viento es el mismo. Camina. Mira a su alrededor sin reconocer nada ni nadie.

El recuerdo de Julieta lo persigue, lo enloquece con su música gris, imperceptible, incesante... y ese perfume conocido y esperado vuelve a acecharlo entre plazas tristes, donde ningún camino lo lleva hasta ella, hasta su cuerpo; donde sólo el contorno frío y áspero de las estatuas opacas se ofrece a sus manos. También su voz, su voz de agua se prolonga constantemente en ecos circulares, y lo sobresalta... Y él se desespera, la busca entre los árboles inmóviles y silenciosos, entre la geometría de las esquinas...

Alguien pasa y él lo detiene. Comienza a explicarle que debe encontrar a su Julieta, que la vida no tiene sentido, que está solo, que va a morir de amor si no vuelve a verla... El hombre lo escucha, extrañado al principio, luego le sonríe con una sonrisa hueca. Piensa que le hubiera gustado envidiarlo.

Ya no sabe qué hacer. Se sucede la cadena de las horas. Las calles se hacen blancas con el día y con el sol gastado, y un olor extraño, como de agua rota, las lastima.

Hay más gente, más caras desconocidas, pero no Julieta, no ella... En vano se demora en las esquinas, en vano mira los balcones vacíos, inútiles.

La tarde comienza a dolerle en los pies cansados.

No comprende, no quiere comprender. Comienza a sospechar que sin saber cómo, por descuido quizás, se ha metido en una obra que no entiende, donde Julieta no existe, y él es menos un hombre que una sombra,.. o quizás todo haya sido un sueño, un sueño esa risa y esas manos blancas, un sueño esas otras calles y sonidos, y él siempre perteneció a este mundo que le es ajeno y al que nunca pudo acostumbrarse.

Con la huida precipitada de la luz se adelgazan sus fuerzas. Se dirige al río. Ya nada le importa, nada le sorprende, ni siquiera comprobar que no se trata del Adagio de aguas claras, sino un río denso y agitado, lleno de escarabajos negros; brillante y profundo, y desconocido también, como todo. Antes de la medianoche ya es parte de ese río.

Una Julieta tan irreal como él aún lo espera sin embargo, asomada a su balcón del piso dieciséis frente a la Plaza San Martín. Aún lo espera, mientras la noche se confunde con su pelo, mientras mira indiferente esa masa pegajosa que se arrastra entre las calles grises, abajo, lejos, muy lejos de sus sueños.

María de los A.

Fasce

Graduada en abril
de 1992

